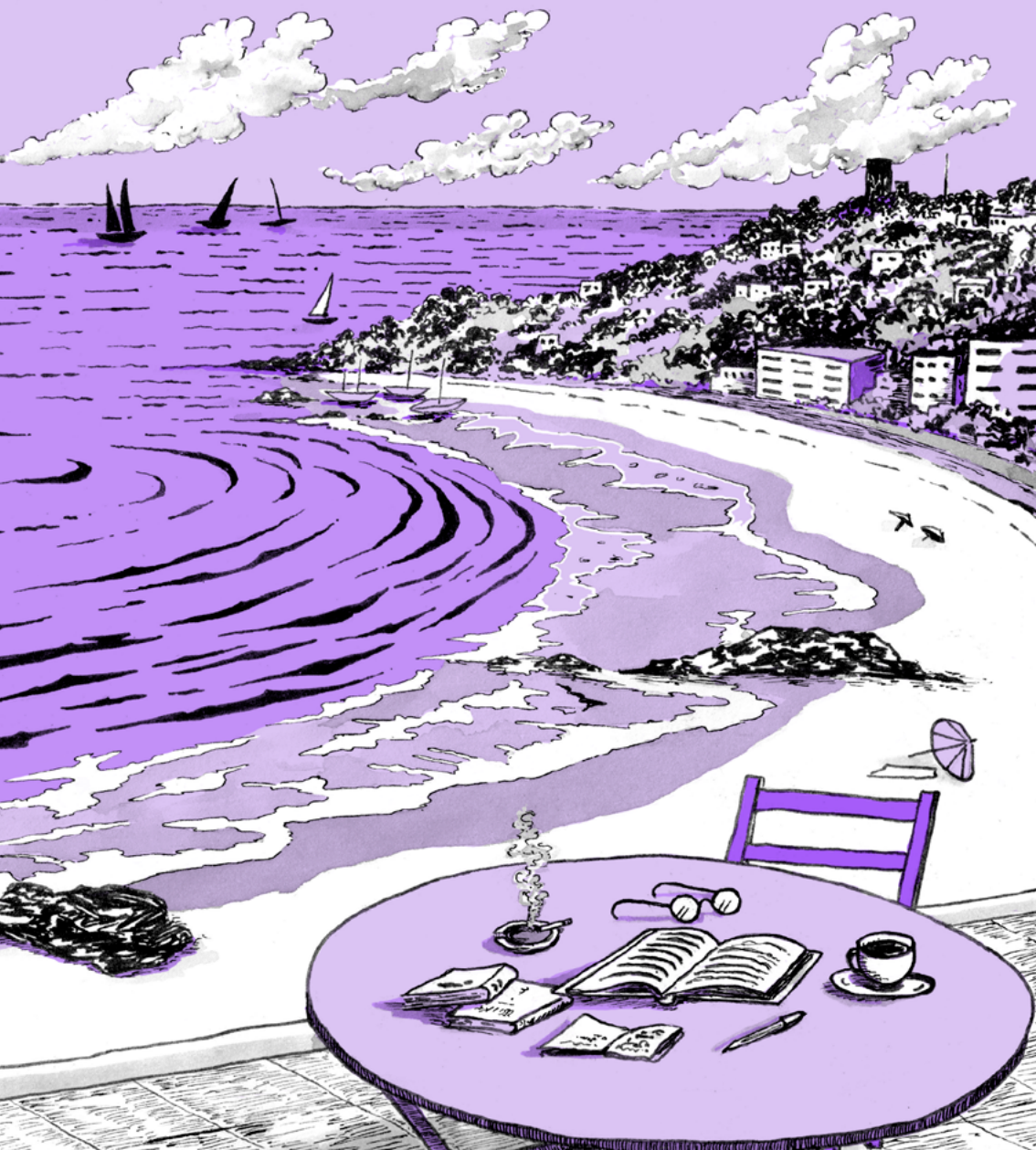


2025

Lecturas breves

GANADORAS Y
GANADORES PREMIO
ROBERTO BOLAÑO



2025

Lecturas breves

GANADORAS Y
GANADORES PREMIO
ROBERTO BOLAÑO

«Hay una literatura para cuando estás aburrido. Abunda. Hay una literatura para cuando estás calmado. Esta es la mejor literatura, creo yo. También hay una literatura para cuando estás triste. Y hay una literatura para cuando estás alegre. Hay una literatura para cuando estás ávido de conocimiento. Y hay una literatura para cuando estás desesperado. Esta última es la que quisieron hacer Ulises Lima y Belano».

Los detectives salvajes (1998)

Sobre el premio

2025

El premio Roberto Bolaño a la creación literaria joven es el reconocimiento que el Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio, a través de la Secretaría Ejecutiva del Libro y la Lectura, ha establecido para las nuevas generaciones de escritoras y escritores. Esta es su decimonovena versión.

Creado el año 2006, en honor al escritor de *2666* y *Los detectives salvajes*, en sus diecinueve años de trayectoria ha reconocido a algunos de los exponentes literarios más relevantes de la escena local, como Paulina Flores, Manuel Boher, Maximiliano Díaz, Constanza Gutiérrez, Diego Zúñiga, Emilia Mateluna, Enrique Paredes y Gabriela Alburquenque, entre muchas y muchos más.

Desde 2021, el premio cuenta con esta publicación para difundir la obra de sus ganadores, buscando que el talento joven tenga una nueva vitrina, y de paso, abriendo también la posibilidad de que este semillero de nuevas voces logre llegar a nuevos lectores.

Zapatos de niña

Alguna vez tuvo ocho años, mirándose solemnemente al espejo; la boca media abierta, los dientes chuecos, aún muy grandes para su cara. Carita de princesa, le decía su abuela, y ella le sonreía, porque le encantaban los vestidos de princesa, aún con sus vuelitos estirados y sus colores desgastados. Tenía tres vestidos, pero su favorito era el celeste; era el más largo, el más colorido. En la parte de atrás, ahí en la etiqueta, tenía un nombre escrito con marcador permanente, que por los lavados se había ido borrando. Probablemente era el nombre de alguna prima desconocida, que ya se habría olvidado del vestido, pero ella prefería pensar que el vestido de verdad había pertenecido a alguna princesa lejana, que en su reino la esperaba.

Ella tenía el pelo oscuro, largo y ondulado. Su madre se lo trenzaba por las mañanas, con esas manos delgadas que ya conocían su oficio, que habían peinado a tantas niñas inquietas. Su madre se quejaba, le decía «no te muevas tanto, Ignacia, que no te estoy tirando el pelo», «si sigues llegarás tarde al colegio, y si llegas tarde llego yo tarde también».

Mientras la peinaban, Ignacia comía, cortando en trozos el pan que tenía al frente. Intentaba comer de la forma más elegante que conocía; con el dedo meñique al aire, como una verdadera princesa. Eso le había dicho su abuela, tejiendo al crochet frente al televisor, y como su abuela solía saber de ese tipo de cosas, ella le creyó. Apúrate, le decía la madre, y salían rápido por la puerta, bajo las escaleras y por otra puerta más; los zapatos con tacos de la madre y los zapatos escolares de Ignacia, las zancadas firmes adultas y los pequeños pasos apresurados de la niña.

Cada paso tenía su propio sonido, cada uno era más hueco o más mojado o, a veces, más melódico que el anterior. Ignacia se imaginaba que cada sonido, como un chasquido o un golpe del pie contra el suelo, era en realidad un fragmento de una conversación que tenían los zapatos, una frase entrecortada o un monólogo melancólico. Sus zapatos de colegio, rasmillados por el uso y el constante juego, chillaban dulces canciones, de amores, rencores y días de lluvia, del olvido y el rechazo y todo eso que suelen hablar los más grandes. Los zapatos de la madre, rojos y brillantes, no hablaban, solo marcaban el ritmo firmemente, el ritmo de la vida no solo de la madre, sino también de Ignacia, que siempre la seguía tomada de la mano, como un pequeño pollito perdido. Quizás era eso lo difícil del colegio, la falta de la presencia rítmica de los zapatos de mamá; la completa soledad de estar en un lugar sin alguien que la guiara, que le trenzara el pelo con los dedos firmes, que la llevara de la mano por los oscuros pasillos.

La Ignacia de ocho años entraría a la sala cinco minutos antes de las ocho, se sentaría en su mesa cuadrada junto a todos los otros niños y esperaría que algo pasara; nunca pasaba nada, o al menos no pasaba nada de lo que esperaba Ignacia. Nunca le pedía la palabra el profesor y nunca le pedían prestado ningún lápiz, nunca le susurraban ningún secreto ni le pedían ninguna tarea. Nunca, en todos sus años de enseñanza, se destacaría por algo más que su cabello, tan largo y negro como era.

Las niñas le decían «tu pelo es tan lindo, tan lindo, y ¿cómo te lo cuidas?», pero Ignacia no les tenía respuesta, y les respondía que su pelo también era muy lindo, y entonces las niñas reían, porque a todos les gusta hablar de sí mismos. Ignacia era feliz hablando con ellas por un rato, porque le gustaba hacerlas sonreír, pero eventualmente le decían «me está esperando mi amiga», «¿qué nos toca el siguiente bloque?», «ahí viene mi micro», y se iban tan ligeramente como llegaban; se las llevaba el viento. Se quedaba sola, sentada con todo el peso encima, sentía cómo le crujían los huesos, envejecidos por la soledad. Veía a las otras niñas tan ligeras, como delicadas palomas, amigas de la brisa y la levedad propia de estar satisfecha. Ignacia no estaba segura con qué; con todo, quizás. Quizás sus huesos eran huecos, quizás podrían volar si les diera la gana, quizás si corrieran muy rápido para darse vuelo y se lanzaran desde muy alto se encontrarían bañadas en cielo, en nubes y en una leche tan cremosa y celeste como el vestido de princesa, tan suave y con el calor del sol como una manta, un gran abrazo amarillo que las haría brillar como estrellas

rosadas, reirían y saltarían por las nubes hasta llegar de nuevo al suelo, de vuelta a la cotidianidad.

Ignacia era parte de esa cotidianidad, de esa monotonía, del día común y corriente; ella lo sabía. Tenía ya dieciséis años, se secaba el pelo pacientemente frente al espejo y lo dejaba caer perezosamente sobre su espalda, lánguidamente reposaba el cabello sobre sus hombros y caía como una oscura cascada hasta sus tobillos, hasta esos pies que se cansaban de caminar solos por el patio, hasta esos zapatos negros que hace tiempo ya no cantaban. Ignacia guardaba todos sus zapatos en su pieza, los alineaba en el suelo en orden de tamaño, de color y de material, intentando entender cómo había crecido, cómo con esos zapatos podía armar toda una historia de una niña que quiso ser princesa, que quiso ser paciente mientras la peinaban, que quiso tantas cosas y que no quiso nada a la vez. No tenía muchos zapatos guardados, solo los más importantes: el del primer día de clases, los zapatos plásticos de princesa, unos zapatitos tejidos de muñeca y los zapatos negros del funeral de la abuela. Se quedaba horas observándolos, esperando que conversaran, que rieran y que cantaran como lo hacían cuando era más pequeña, como lo hacían cuando su madre la dejaba en la casa de la abuela y jugaban a las princesas; las pantuflas grises de la abuela y los zapatos celestes con luces de la niña. Esos zapatos danzaban, saltaban, daban vueltas y jugaban, se ensuciaban en el jardín de flores de la abuela, se les iban días enteros buscando gusanos y escarabajos, pequeñas criaturas que su abuela llamaba plaga pero que Ignacia llamaba amigos.

A veces Ignacia piensa que es como un caracol, lento y torpe, escondido en su caparazón. Le gustaría ser una cuncuna, como en esa canción que le cantaban cuando era más pequeña, irse a dormir un día y despertar alada, volar por los cielos con el viento a la espalda, ver su sombra entre los árboles y pensar: esa soy yo.

Ignacia toma la tijera y se la lleva a la cabeza, el metal frío le roza la piel, aprieta las tijeras firmemente, como alguna vez apretó la mano de su madre, y espera que caigan los mechones de pelo al lavamanos, el pelo negro muerto e indefenso sobre la porcelana blanca. Se mira al espejo y ve dos ojos cafés, dos pupilas negras como grandes agujeros, dos pupilas negras que le apuntan con la mirada. Tiene el pelo corto, muy corto, disparejo y con islas de piel entre los mares de pelo negro, las olas lisas y brillantes. Toma la máquina de afeitar de su madre y se la lleva a la

nuca, borra los mares negros y deja solo piel, solo espacios en blanco con pequeños cortes rojos entremedio, pequeños errores. No se quita los ojos de encima, rodeada por mechones de pelo, ahogada entre las olas; cierra los ojos y se siente volar, siente como sus pies pierden contacto con el suelo y rozan el frío otoñal del baño, oye a las gaviotas que la llaman de lejos y el mar que perezosamente bosteza, huele algas y sal, siente la brisa y el sol en el cuerpo.

Su abuela vivía aquí, cerca de la playa, entre las flores y sus gallinas. Tenía dos perritos, idénticos salvo por su color, uno oscuro y la otra de pelaje blanco: Negrito y Nieves. Las patitas de perro son quizás las más alegres, las más bulliciosas, sus uñas chocan contra el suelo cuando corren, cuando saltan para saludar. Sus patitas, siempre sucias con tierra y arena, tienen muchas aventuras, persiguen conejos y escarban entre las flores, hacen amigos y ahuyentan a las aves. En eso piensa Ignacia mientras vuela, todo el peso del pelo a sus pies; abre los ojos y ve al sol, a la ciudad desde arriba. Se siente sonreír como si estuviera lejos de su cuerpo, como si estuviera fuera de sí.

Aiko Mejias Nishimura nació en Santiago en 2007. Vivió desde los cinco años en Canadá, y regresó a Chile en 2022 para cursar primero medio. De chica leía cuentos fantásticos de dioses y dragones, grandes aventuras de gatos salvajes, historias que la fascinaron y que la llevaron a escribir. Ahora le gusta escribir sobre niñas perdidas, que aun ahogándose en un río de desconcierto abren los ojos para observar. A veces no está segura de quién es, se sorprende por reconocerse en el espejo.

Río de Enero

Selección de fragmentos de la novela

Parte dos

Y heme aquí volando hacia una última parodia del amor.

ENRIQUE LIHN



El auto atravesó los campos en medio de la oscuridad acompañado de algunas luces del camino. Los amigos iban riendo, cantando canciones de la radio, y no pensaron en ningún plan hasta que llegaron al pueblo. No era tan difícil, robar una prostituta puede ser más fácil de lo que uno se imagina. Acordaron un plan bastante simple, que no contemplaba planes b ni medidas de contingencia. Consistía básicamente en que Julián iba a pagar por una hora con la prostituta, si es que se encontraba en el local, mientras Roberto y Esteban conversaban con el hombre que la acompañaba a todos lados. Estos dos le iban a ofrecer tanta cerveza que iba a querer ir al baño tarde o temprano. Cuando eso sucediera le tocarían la puerta a Julián para que saliera con la mujer y se subirían al auto para no volver por un buen tiempo a Casablanca (qué buena película y qué pueblo de mierda, pensaba Esteban).

Como la memoria no estaba del todo aireada tenían dificultades para rehacer el camino en sus cabezas. Santa Isabel, ¿dos o tres cuadras a la derecha? La toma de agua... Hay que llegar al cementerio, dijo Julián. Sí, sí, respondieron los dos. No aparecía el cementerio, algo estaban haciendo mal. Preguntemos, dijo Julián, justo cuando pasaban por fuera de un local que vendía completos y cervezas en el que había un grupo de tres amigos que por su aspecto estaban entre los veintisiete y los cincuenta y dos años. Veintisiete por sus polerones canguro de marca juvenil, manchas de completos en la ropa y risas cómplices de amigos, y cincuenta y dos años paradójicamente también por sus polerones canguro manchados, con los que parecía que

construyeron y pintaron casas por años, sumados a las poncheras ya instaladas y las caras demacradas que reflejaban una posible vida entera bajo el sol comiendo completos y tomando shops.

Esteban bajó su ventana y sacó ligeramente la cabeza.

—Buenas, muchachos. ¿Saben dónde hay mujeres por acá?

—En la casa durmiendo pos, ahueonado —dijo uno y se partieron de la risa los tres.

—¡Maracas! —les gritó Roberto, como si hubiera habido un problema de comprensión por parte de los amigos buenos para el completo, y quisiera salvar las distancias usando un lenguaje más popular.

Ese grito produjo que los amigos se volvieran a reír, ahora empujándose suavemente y tomándose del hombro. El más gordo de los tres gordos, atorado con palta y tomate, casi se cae de su silla y se apoyó en uno de sus amigos que hacía como que lo soltaba, propulsando nuevamente las carcajadas.

—Te estábamos hueviando, hombre, no pasa nada —le dijo el mismo amigo que antes le había dicho ahueonado—. Tienen que seguir por esta calle para abajo y pasar por debajo del puente en desnivel. Ahí recién doblan a la izquierda y verán el cementerio que está frente a una casa quemada. Dos cuadras por esa calle y ahí llegan.

—¡Gracias, compadrito! —le gritó Esteban mientras el auto iba arrancando, y el tercer gordo (¿cuál sería el segundo?) le dijo algo no muy fuerte que no se escuchó en el auto, pero que produjo que se volvieran a partir de la risa, y a empujarse, y a atragantarse con pedazos de completo, y a pegarse en el pecho. Probablemente dijo algo como «que les vaya bien con las maracas», o «mucho suerte compadrito», o «vos chúpala, ahueonado».

Siguieron las indicaciones de los viejóvenes insolentes y risueños y pasaron por debajo del puente. De repente el camino volvió a hacerse completamente conocido, como cuando uno sabe hacer algo, pero ha olvidado un pequeño paso y al momento de recordarlo puede volver a hacer todo el proceso con la misma soltura y naturalidad de siempre. Pasaron frente al cementerio y miraron la espeluznante casa quemada. La luz de la luna alumbraba trémulamente lo que quedó de la casa luego del incendio y entre las ruinas vieron a unos ocho u once o quince perros quiltros durmiendo en ella, como si fuera un albergue de perros sin casa. Qué mierda, dijo uno dentro del auto, sin esperar que nadie respondiera, ni siquiera los perros de la casa, ni los gordos, ni la vida misma.

Siguieron las dos cuadras indicadas y se bajaron del auto de manera casi simultánea. Estaban los tres frente a la puerta de metal prometida. Esta vez sí se escaparon luces moradas y azules bajo ella y unas cumbias ahogadas se escucharon de fondo. Golpearon la reja esperando que un matón de un metro noventa y tanto les abriera y les pidiera el carnet de identidad, pero nada de eso pasó. Una mujer, que parecía ser una prostituta más, les abrió la puerta y les hizo un ademán de pasar con una sonrisa en los labios. Pasen, pasen, por favor.

Julián nunca había visto nada así. Entraron a una habitación bien grande con piso de tierra que tenía una barra en el fondo, cuatro mesas pegadas a la puerta de entrada que estaban escasamente ocupadas por hombres tomando cerveza y una tarima negra de unos cincuenta centímetros donde bailaba animosamente una mujer muy fea y de pechos muy grandes con cachos de diablo. La diablita fea y voluminosa sostenía un micrófono conectado a uno de esos parlantes de karaoke que venden en los supermercados, cantando a medias canciones que no se sabía y dando ánimos al aire, a sus compañeras y a ella misma. Tras la barra había una mujer baja y gorda con rulos que llevaba puesto un abrigo de leopardo de la más baja calidad, que debía ser la dueña del local, y frente a ella estaban otras cuatro mujeres que parecían ser el resto del personal, animando, entre las luces de colores que cambiaban al ritmo de la cumbia y los boleros, los cantos y gritos de la mujer de cachos rojos.

Entre esas mujeres, Julián encontró a la mujer del supermercado y luego dirigió su vista a las mesas, donde estaba el hombre de lentes oscuros conversando con un hombre que tenía solo tres dedos en la mano derecha y cuatro o cinco dientes. Roberto no comprendía la cotidianidad de la escena para la gente que estaba en esa pieza. Claramente era gente de otro mundo, personas que habían vivido cosas demasiado ajenas a lo que para él era la vida. Miraba el piso de tierra, las prostitutas horribles, los hombres deformados por enfermedades inexplicables, los borrachos sucios y tristes, a la diablito bailando y se miraba a él. El destino, la vida, la suerte. Miraba luego a esta prostituta retenida, aparentemente secuestrada, y no comprendía la normalidad con la que llevaba las cosas, su mirada alejada en una pared, en una luz, ahora en ellos, indiferente. Él creía estar en el centro de la decadencia, en un lugar que Dios había botado para siempre. Un lugar del que nadie se iba a preocupar jamás.

Cuando me fui de Río comencé a escribir, pero lo borraba todo. Mis recuerdos de escribir son una sola página en blanco. Nunca conocí la inspiración. No se me ocurría nada, solo la idea de escribir algo grandioso, pero ¿qué?

En mis muslos un libro de Walter Benjamin que me acompaña en el bus hacia Montevideo. Todo lo que quise decir ya está dicho hace setenta años. El bus en la oscuridad, solo una pequeña luz del techo de mi asiento ilumina esas páginas blancas que contienen ángeles y las ruinas que va dejando el progreso. Miro por la ventana, y ahí afuera, como una imagen proyectada por el reflejo, está mi cara flotando en la carretera. Flota y los paisajes cambian. Mis ojos entre la carne aparecen como fantasmas redondos que tienen de escenografía los postes y el mar.

¿Qué podía decir yo de la filosofía y la historia si jamás la he estudiado a fondo? Solo puntos comunes, lecturas de manual. Ninguna página que valiera la pena leer, estudiar. Durante el viaje en bus que dura cuarenta y ocho horas comienzo novelas: «Todo empezó cuando la realidad en vez de mantenerse unida como la conocemos se partió en ochenta trozos. El mundo se fragmenta y se divide...», ¿pero qué mierda estoy leyendo?, si el mundo no se fragmenta, se destruye en círculos que se repiten como el infierno.

Ya en el sur de Brasil me doy cuenta de que no quiero ser escritora. Solo quiero ser famosa, reconocida. Ir a mi casa y a la casa de mis amigas y que sus padres me aplaudan. Cada cosa que escribo es una mierda. No puedo vivir así, tomada por ojos que me miran, que me persiguen y que borran todo lo que hago. Caí muy pronto en cuenta de la ilusión que es creer que en el extranjero las voces de reproche simplemente desaparecen. Escapar de mis padres es imposible.

En la estación de buses de Montevideo me lavo la cara en el baño. Me miro en el espejo y mi cara me espanta. Esa no soy yo. En mis pupilas solo veo terror y lo ajeno, una doble siniestra que me devuelve una mirada concentrada y pegada a la que debería ser mi propia cara. Salgo ahogada del baño, la noche ya pasará.

De ahí en adelante mi vida se transformó en un andarivel de cuadrados a la distancia, pequeños cuadros tendidos a través de un hilo que van cambiando su color. El pequeño hilo las hace correr, como una película de figuras de cartón y papel maché a colores de un Valparaíso a escala. Escenas pequeñas que me llevarán inevitablemente a Chile.

Conversaciones truncadas con hombres que hace mucho olvidé sus nombres, dormir en los lugares más improbables, mucho tiempo en soledad. Trabajos de camarera en Montevideo, y luego en Buenos Aires, en Córdoba, Mendoza, Santiago. Encontrando trabajos y escapando de ellos, huyendo de las críticas y de los reproches imaginarios de mis jefes, que seguro me juzgan por dentro y me odian, que creen que soy una tonta y buena para nada. A fin de cuentas, solo sé hacer maletas, cobrar mis cheques e irme a otras ciudades, creyendo que los nuevos aires me traerán inspiración.

Siempre escribo por las noches, pero solo basura que termino quemando. Las ciudades me sofocan. No pertenezco a la ciudad.

En mi pensión de Santiago tengo una gran revelación:

Mi dolor no es físico ni químico, es el sufrimiento que produce no calzar con el ideal. Quizás eso es el dolor, quizás por eso en la Edad Media se sufría menos en el barrial que ahora con agua caliente y comida. Eso es. Un horizonte de expectativas diferente. El placer que entrega la imposibilidad de imaginar el éxito material, la dulzura de que esté reservado solo para reyes obesos. El dolor lo produce no calzar con el éxito, descarriarse de lo que las cosas deberían ser, no estar representada por la imagen dibujada de antemano.

Mirando el techo desde mi cama otra gran revelación:

Es el campo. El lugar de la tierra. Ahí afuera. Donde las expectativas están en llegar a fin de mes. En tomar vino con viejos borrachos. En ser nadie. En no aspirar a gran cosa, desdibujar el ideal exitoso e imponerme la pobreza por resignación. Volver al Medioevo: fundirme con la paja y el ganado. Morirme de aburrimiento en tardes bucólicas, perdiendo poco a poco las ganas de superación, de ser alguien en un futuro.

Partí lo más cerca de Santiago, a un pueblo que se llama Casablanca, para olvidarme de mí misma entre tornillos, martillos y taladros. Ahora en el campo escribo este cuaderno como un mensaje para una botella que lanzaré al mar. Estas páginas tal vez solo sean una estrella que está a punto de reventar. Escribir de mí misma no tiene sentido estético alguno, claro está que cuando uno habla mucho de sí misma no le interesa a nadie. Este cuaderno es tan solo... tan solo un intento de recordar para no perderlo todo, para que mis memorias no se fundan con la tierra. Es solo poder traducir mis pedazos de historia antes de... antes de.

Antonio Mayo nació en Santiago en 1999 y es licenciado en Psicología por la Universidad Diego Portales. *Río de enero* es su primera novela.

Liberación animal

Imagina encontrarte con un gorila en la calle, estirándose, como si elongara. Bueno, eso le pasó a alguien que conozco del Maule, pero en Buin. Quiero decir, le pasó en Buin, no en el Maule: él es del Maule. Trabajaba en el Monticello como asistente de mantención. Pasaba mopa por los pasillos de alfombrado rojo, alineaba los cuadros y se hacía cargo de la calefacción de un brazo del edificio de alojamiento. En sus tiempos libres se refugiaba en sombras de callejones interiores cercanos a algún basurero poco concurrido y una ventana, donde podía fumar tranquilamente de su vaporizador. Usaba un gorrito de botones, aunque no lo era, era más como un mucamo que había logrado hacerse olvidar un poco por la administración del lugar. Estaba mal, me decía, de la mierda, chato, aparte con muchos huéspedes se sentía como un intocable, un dalit, prácticamente, y se largaba a hablar sobre distintas Mahapuranas sobre las que había leído, sin leerlas en sí. Después mezclaba eso con reflexiones sobre la inmigración y un poco de doctrina económica porque, en fin, divagaba. El tema es que él andaba loco en esa época, parece que venía escapando de Conce porque lo habían funado, ligeramente, podría decirse, aunque fue todo un tema; era una de esas personas caóticas neutrales en el fondo, pero que no atinan.

Le gustaba salir a andar en bici por la 5 Sur y los caminos aledaños que tiene entre el peaje de Angostura y Paine. Creo que él vivía ahí, en Paine, con una amiga suya que lo defendió hasta el final, y con sus gatos. En esas salidas solía grabar videos con cortes de pausa, técnica de edición rústica dosmilera, que se usó con celulares viejos, teléfonos almeja, los Sony Ericsson. Normalmente eran tomas como de *esteticidades*: pasos peatonales sobrenivel, las luces melancólicas de la carretera vacía de noche, un auto detenido con intermitentes prendidos en medio de algún intercambio trucho. Entremezclaba eso con performances delirantes, verborreas enrabadas, nihilistas; superdescuidado, a medio afeitado con



papeles tapándole las heridas, y unos frenillos que tenía hace varios años y que nunca quiso sacarse. Yo le sigo viendo las historias, aunque no hablamos mucho, podría decirse que lo hago de sapo. Hay hartito de eso ahora en mi vida, la gente en vitrina se da cuerda y es impresionante la despersonalización, da mucho contenido, pero hay que saber dejarla en algún momento. Cuando nos encontramos fue casualidad, no lo reconocí por su gorrito de botones, él me habló a mí. Nos fumamos un tabaco viendo los silos de Cerrillos y me contó esto.

Había salido alrededor de la una de la mañana desde su casa en Paine, cerca del Memorial, hacia el norte, a Buin. La tarde se la había dormido entera, una siesta obscena, desde la siete a las doce, peor horario para una siesta, así que tenía esa energía acumulada que con facilidad se vuelve ansiedad. Ese tipo de acertijos, él, un intenso, los resolvía llevando su cuerpo al límite. Todavía en Conce me acuerdo que siempre llegaba en bicicleta, era de los que parecen tener una conexión espiritual con la bicicleta, que se podía llegar a convertir en una causa política. Esa noche machacaba sus muslos para llegar rápido a Buin y así volver antes de que amaneciera. En eso se le ocurrió llegar hasta el zoológico y descansar ahí junto a los cercos electrificados, a ver si escuchaba el trompetazo de un elefante, o algo de las actividades sospechosas de esos lugares que tienen animales exóticos, grandes felinos. Y mientras le rogaba a sus piernas que se la pudieran hasta ese punto, detectó una mancha como una sombra de reojo, bajo el cartel del restorán Los buenos muchachos —por esa película supongo, que no es tan buena, aunque tampoco es mala— y se detuvo a mirar, porque esas llamadas de atención hay que atenderlas, me decía, eso lo aprendí de la Feña, que siempre agarra atajos con la cámara de su teléfono y captura los instantes.

Volvió a mirar la silueta que había debajo del cartel y casi gritó de susto, pero se contuvo. Menos mal no grité, me decía, porque la weá que había visto era un gorila, un gorila quieto, mirando el restorán pensativo, me dijo, hincado con una mano en la pera. De verdad parecía reflexionar y movía la boca como si comiera chicle. Le llegó el aura de poderío de esa bestia, un mamífero grande, maceteado, que podría aplastarle los huesos cerrando la mano. Su respiración acompasada como un camión, exhalando niebla desde sus pulmones compuestos por una carne mucho más potente que la nuestra, me decía. Sé lo que estás pensando, yo esta estupidez no se la creería a nadie: la gente, me incluyo, siempre inventa cosas cuando

cuenta una historia, y a veces directamente miente, en especial al ser algo insólito que puede estar semánticamente cerca de lo que pasó en realidad, a solo una o dos palabras diferentes de distancia. Da un crédito, te eleva en la conversación, aunque sea mentira se entiende: hay que mentir, obvio que hay que mentir un poco, un poco solamente. Y en este caso el loco era alguien superalucinado, consumidor habitual de hongos, un jipi de corazón mas no de estética, por lo que su credibilidad es, en sí, algo cuestionable, pero el bendito weón a veces se daba vuelta la capa, y brillante, incluso talentoso, era rápido para la cámara: había grabado al gorila.

Qué rico es cuando te cuentan algo largamente y para terminar ponen el toque final con un material que muestra sensorialmente, exactamente, el objeto de la historia, para ser experimentado de manera personal. Qué satisfacción más grande, me lo mostró ahí mismo. Me dijo: obvio que no me crees, pero tengo evidencia empírica. Sacó el celu y puso el video de esa noche. Le temblaban las manos al grabar, ahí me di cuenta de que parecía un día muy helado, digo, la noche de un día en el que hizo demasiado frío. Ahí estaba. Un gorila bajo el cartel rojo de Los buenos muchachos, algo surreal, una verdadera fumada, ver a ese primate al lado de unas banderas de Pepsi evidentemente chilenas, o al menos en un paisaje chileno, con los cerros hacia el fondo. Efectivamente exhalaba neblina y parecía reflexionar hacia el infinito, quieto de una forma algo antinatural, pensé, porque parecía tener una joroba. Yo escuchaba la respiración agitada de este weón que se las arreglaba para seguir pedaleando mientras hacía zoom para no perder la imagen del gorila, cuando caché el horror y le dije: oye weón, pero eso no es un gorila, es un weón disfrazado de gorila. Nos dio un tremendo escalofrío, porque de surreal pasó a ser bastante perturbador. Si mirabas bien se volvía claro que se trataba de un disfraz, por el tamaño de los brazos y la caja torácica, inimitables para un habitante promedio de Buin, pero actuaba como gorila el weón o weona, por qué no; imitaba esa posición con la que reposan los brazos en el suelo con los nudillos, que debe ser muy cómoda para un gorila. Se rascaba la espalda un poco.

Nos pusimos a ver la imagen con más detenimiento hasta que lo convencí de que no era un gorila real, sino una persona. Mi amigo que no quiero llamar amigo, no había cachado que era una persona, y por suerte no informó al 133 sobre el supuesto gorila escapado del zoo, porque además de animalista proliberación, «a lo 12 monos», no le caía bien

la policía. Después de separarnos la situación me hizo pensar en esa tendencia de internet, cuando empezaron a aparecer videos de cámaras de vigilancia de payasos con hachas de incendio, persiguiendo a gente en calles oscuras o estacionamientos subterráneos. La media pega si lo piensas, producida. Yo, aunque lo encuentro un descriterio, agradezco un poco esas salidas.

II

Pasó tiempo hasta que nos encontramos de nuevo, pero a los pocos días de esa vez en Lo Valledor me envió unos pantallazos de anuncios que le aparecían de Wish y Temu en los que salían corpóreos fotorrealistas de gorilas y otros grandes simios. Ahí pensé: cagó, quizás. Si lo conocieras me entenderías. No sé si le respondí, la verdad no soy una persona cercana a él, solo nos encontramos ahí, y bueno, nos conocemos hace muchos años, aunque no somos viejos. El punto es que el tipo desarrollaba obsesiones periódicamente, ya lo dije, antes de lo de los humanos-primates insistía con lo de las vedas o lo que sea que haya sido de su momento hinduismo. Yo admito que estaba atento a ver las cosas que subía porque me daba risa. Empecé a notar que lo del gorila le quedó dando vueltas, compartía videos de monos en los que parecían tener un comportamiento humano, de perfiles en los que se defendían teorías seudocientíficas iluminadoras, biologicistas. Como material de persuasión usaban imágenes realistas pero ambiguas, con un grado de artificialidad, si sabes a lo que me refiero. Ya antes había compartido material de ese tipo por otras cosas. Con lo mismo del hinduismo, de hecho, recuerdo haber visto en su perfil imágenes de un monje de cerca de doscientos años, que parecía bendecir niños en Kerala o por ahí. Su apariencia era la de una momia. Las imágenes de los monos giraban en torno a la percepción de un grado de humanidad en los primates. Como si al verlos en esas grabaciones se pudiera reconocer que hay una dimensión más allá en ellos, en el brillo de sus ojos.

Incluso ese día que cachamos que no era un gorila real, ya ahí después de la impresión inicial del descubrimiento, a él lo noté más callado, como intrigado, curioso con la idea, quiero decir, con la ocurrencia de esa idea de vestirse como un gorila y andar por la calle de noche. Quién será, me decía. Un cagao del mate, pensaba yo, pero qué se yo: he escuchado

historias parecidas en formas distintas, desde el joven que afirmaba ser un lobo y aullaba a las cámaras de un canal de televisión, hasta la niña gallina que podía efectivamente considerarse en parte gallina. Es que claro, esa noche él creyó realmente ver un gorila, y no sé cómo se sentirá eso después, pudo haber quedado rayado.

Lo comprobé después de meses, cuando nos volvimos a encontrar. Fue una Semana Santa en la que los dos estábamos en Conce. Si has visto tele últimamente, me dijo, quizás te habrás enterado de que al parecer la persona gorila salió en las noticias, brevemente, en un segmento que no se quiso mostrar con tanto énfasis como esas noticias de crímenes que en verdad son astillas de un discurso político en este punto. Le dije que no, que no había visto tele desde que mi abuela murió. Él mismo lo había visto por la televisión de su abuelo, me dijo, por mala suerte había sido a la mitad de un pan con queso, con el celular descargado. No alcanzó a grabar lo que mostraba la tele del tata: esta vez no había pruebas. Decía que en google no aparecía nada. Raro, muy raro, pensaba yo, que no aparezca nada en google, pero no quise decirle que no le creía. Vaya a saber uno lo que ponen o no en las noticias, me dijo respondiendo a mis pensamientos, lo que sale o no en internet. Pasan muchas cosas que ameritan ser informadas y no lo son. Así como no es verdad todo lo que está en internet, tampoco es verdad que todo está en internet.

Después me dijo otra cosa. Esta parte se pone un poco más rara: así mismo introdujo él lo que estaba por contarme, que sabía que podía sonar enfermo, pero que cuando vio que en las noticias decían que habían estado apareciendo registros de un gorila que después de un análisis más detenido resultaba ser una persona, tuvo una idea. Mientras la imagen en la tele se distorsionaba un poco con el zoom de una cámara de vigilancia, llegando a detenerse en un *close-up* a la cabeza del gorila, una ampolleta prendió. Qué habrá hecho, pensaba, qué hizo este weón.

Enrique Paredes Bassi nació en Los Ángeles en el año 2000. Es licenciado en Literatura, escritor, editor y músico, publicó el libro de poemas *CD Espirituada* en 2024. En 2025 obtuvo la Beca de Creación del Fondo del Libro y la Lectura.



Amutui lafken

Ta ñi chaw
Ta ñi chaw
siento lágrimas

Ta ñi chaw
Ta ñi chaw
navega

[Ta ñi chaw, eres agua y de olas duermes]

Mi chaw reposa de espaldas al agua,
se lo ha llevado el mar
y no me lo devuelve

La papay murmura
amutui lafken
Mi lamngen me enseña
amutui lafken

Y mi chaw sueña
y nada
y recorre
y muere

¿Qué hago para que me lo devuelva?
¿Qué sumerjo para que respire?

Ta ñi chaw suspira
cierra los ojos
tiembla en las aguas
y me dice

[La niña, mi niña
que no crezca mi niña,
que sea guagua en mis brazos,
que baile tomada de mis manos
que ría de mis palabras
y se acoja en mi pecho
que mi niña no crezca
que no pase el tiempo por ella
que no vuele por el cielo
que juegue en la tierra
que vista el vestido
y sueñe al alba
y que ría
que ría
que ría]

[Pichizomo ría]

[Ta ñi chaw me río]

[Pichizomo ríe y nada por las olas]

[Ta ñi chaw, el mar te ha llevado y no te devuelve]

[Pichizomo nada por las olas]

[Ta ñi chaw no nado aún. Aún el mar no me lleva, pero nado
y sueño en las aguas]

Te envió mis más grandes saludos. Últimamente tu rostro se me cruza por calles aventuradas y por conocidos eternos. Te has enraizado en aquellos, y yo, gran observadora, he admirado gestos de tu naturaleza en el semblante de los dejados. ¡Qué goce es ese! De verte en ajenos tuyos y recordarte fugazmente en guiños.

En ese punto entre el cielo y el mar
donde el azul se vuelve infinito
y pareciera que el mundo dejó de girar,
ahí puedo buscarte,
entre las nubes en durazno y las estrellas parpadeantes de la noche.
Más allá de los confines de esta vida,
donde el sol no llega a tocar el agua
y solo existen pájaros y caballos.
En ese efímero momento del atardecer,
donde en el horizonte las nubes se difuminan en una sábana hecha a tus
colores. Solo me quedan un par de segundos para mirarte,
la luz se apaga y en dos destellos cruzas por la puerta.
Las velas serpentean y no hay ninguna ventana abierta.
Sigo, entonces, mirando ese punto del cielo donde la lejanía de la tierra se
vuelve presente, y pasado, y futuro.
Son tres segundos antes de que el sol desaparezca en una oscuridad de morados,
y el momento acaba sin esperar un parpadeo.
Aún hay sombras del pájaro que canta hasta morir,
por allá cerca de Los Andes donde el frío congela la nariz,
y las letras se difuminan en la hoja de tus recuerdos y memoria.
Habrá más oportunidades para volver a encontrar tu alma,
que sin perdición descansa, o vive, o ya desvanecida se marcha en el tiempo.
Por mientras, yo sigo mirando ese punto entre el cielo y el mar
donde el azul es infinito cuando el mundo ya dejó de girar.

Viernes 9 de junio, 21:50 horas. Buenos Aires.

Te recordé como siempre lo hago cuando las nubes se agolpan en el cielo,
como cuando la brisa me acaricia la nuca y el perfume de un extraño se
mimetiza con tu presencia. Es de esos días donde el frío me trae a la vida
y a mi inicio, qué daría yo por ser de nuevo tu niña y pasear de la mano en
los similares parques que ahora veo en tu ausencia. Estoy lejos de nuestra
casa, pero el mundo sigue igual, y me es repetitivo volver una y otra vez a
ti como siempre haré hasta mi propia muerte. Me es incluso bueno pensar
que mis palabras son la marca de lo que nunca se dijo, la textualidad en su
materialidad no alcanzó la belleza de tus ojos y es una lástima. Recuerdo
entonces en mis páginas el amor intenso que no se olvida, por más que las
memorias se mezclen con la complejidad de nuestro lazo que tuvo nudos
y puntadas entre cubiertas de la piel misma. Así con la misma crema de
almendra que masajeeé en tus codos y nudillos vuelvo a mis hombros y
siento el aroma de tu todo. Extraño profundamente los pocos abrazos, los
pocos besos y las pequeñas palabras, ojalá fueran más que las que me
convocan, pero aun así son eternas en la medida en que las plasmo sobre
la hoja. Quisiste de mí la escritura y ahora te convierte en mi espejo.

Amor amor amor, un beso y una flor, papá.

Cherié Quidel Núñez nació en Maipú en el año 2000. Desde pequeña
presentó un gran interés por la escritura: un viaje que comenzó desde
las primeras cartas que escribía a su madre y que siguió su rumbo hasta
la creación de historias. Aquello la impulsó a estudiar una licenciatura en
Letras que la hizo conectar con el mundo editorial chileno. En 2023 publicó
su primer poemario *Mujer Araña* (Lagar Editores) y en 2024 su primera
novela *Carmencita* (Trazos de Aves).

2666 Kilómetros de Batalla

Selección de fragmentos del conjunto de poemas

El resultado del oficio

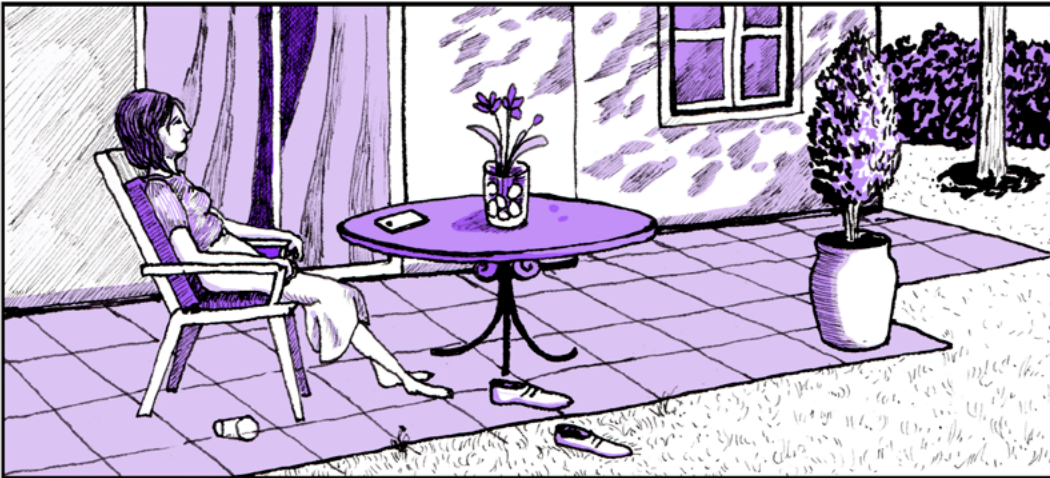
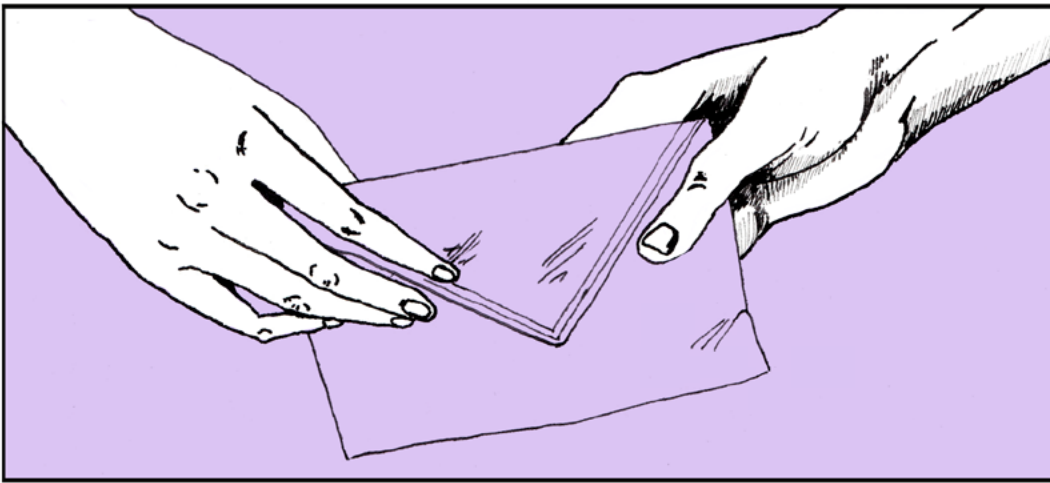
Confusión, caras rojas,
vistas encontradas, pupilas dilatadas, mire:
El resultado del oficio.

Un sobre, manos sudadas,
carta de tristeza, lágrimas sordas, mire:
El resultado del oficio.

Una pequeña luz, un viaje,
Italia o Francia, cine y moda, mire:
El resultado del oficio.

Una mujer, margaritas botadas al piso,
llamadas sin respuesta, un vaso caído, mire:
El resultado del oficio.

La casa grande, un bonito jardín,
no respire más, no sude más, mire:
El resultado del oficio.



No he renunciado a la educación

No he renunciado a la educación,
solo elijo con mi capacidad de elegir:

que la educación puede venir del espíritu propio.

De vez en cuando no hace daño
suspender los estudios esforzados:

por un poco de aroma de lilas.

De tiempo en tiempo sirve descansar del apuro,
y merendar con lo que tienes a mano,

sin rechazar por completo la educación masiva,
de las cosas «importantes» y cuantificables,

para dejar flotar un poco tu alma:

en el florecer de la luna llena.

Cada primavera me siento a descansar del pragmatismo,

a saludar al sol

y a soñar con los ojos abiertos.

Disfrutar de la brisa.

para luego regresar al mundo que el apasionado humano ha creado,

rejuvenecido.

Los dolores de Pangea

Cuando se mueve el ruido,
y la honestidad escasea,
incluyendo a ti mismo.

Y los dolores de Pangea
vuelven, y las sobre-dulces se han ido,
cada cabrito falla y se holgazanea.

No hay más amor, no hay más carrera:
La belleza de la bondad ha desaparecido.

Poema de la niña

A esa manzana roja hace añares que no veía,
y cuando me desmayé de la mordaz jauría,
apareció como siempre: la traidora niña.

Caminaba sobre el agua, risueña y de puntillas.
¡Ay de mí! Suele parecer que no hallaré consuelo en esta villa.
Tendré que exiliarme a donde duermen los pobres de Valdivia
hasta que la lluvia me ahogue y me lleve hasta La Araucanía.

Quizás allí encuentre descanso de su fatal sonrisa,
¡que me mortifica, humilla y ridiculiza!
La manzana roja, ¡quién lo diría!
¡Ay! La razón humana...

Sangre, dolor: ásperos desiertos que cruzar en el tranvía.
Mas en mi llanto mi corazón adormecía...

En agua dulce encuentro refugio en mi nodriza,
y le digo adiós a la amarga e inesperada vida.

En el barco de Tiberio me sumergí

Subí de un tono agudo
a uno grave.
En el barco de Tiberio me sumergí.
En las manecillas del reloj.

Un segundo.
Casi ahogado al minuterero llegué.

A la selva remé.

Y vi tres figuras con teclas de piano como cabeza;
extendían sus peludos brazos para abrazarme.

Giré el manubrio 180°.

Hasta que un asteroide cayó del techo

destruyendo mi bote.

Y me hallé rodeado de estas notas musicales:
dos *Mi* y un *Sol*, por doce segundos y medio.

Tenía un taladro en mi bolsillo.
Lo prendí y lo sumergí en mi pecho,
pero ningún tejido dañé,
y nada de sangre sentí;
nada de dolor salió de mis venas.

Despedida o despertada

En el esponjoso nido de mi ensueño,
entre versos y poesías apareció un lucero,
tan romántico como pasajero.

Símbolo de espuma y pureza:
con ejércitos rojos formando tus rulos,
con pelaje de oso cubriendo tus cejas.

¿Con medias lunas me sonríes ahora?
¡Cómo haces desgañitar mi alma!
Mas el fuego de tu frente,
y el río de tu boca...
¡Y tus mares, y tus gobiernos!
¿Qué industria se dignará a comprar
el prestigio de tus sentimientos?

Me dice el maestro que no fuiste para mí otra cosa que una amiga.
Que nunca hubo entre nosotros más que triviales saludos de estricta cortesía.

Y tiene razón, querida,
no me aventuraré a desmentirlo.

Al final no fuiste nada más
que una historia sin historiador..

...un liviano recuerdo
que se lo robó el viento.

Pero en fin, me ganaste:
Eres, posiblemente, eterna.
Lomas y valles.

Joakim Ballivián Vela nació en Santiago en 2007. Con quince años ganó el Concurso José Luis Rosasco Zagal por su cuento «El pollo asado». Siempre se encuentra estudiando, leyendo y releyendo. Considera que las capacidades reflexivas, alentadoras y dialogantes de las Humanidades son de crucial importancia para la vida de cualquier ser humano.



© Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Prohibida su venta y reproducción.

www.cultura.gob.cl
www.premiosliterarios.cultura.gob.cl

Ganadores y ganadoras Premio Roberto Bolaño

Categoría A

Cuento

GANADOR

Aiko Mejías Nishimura
Zapatos de niña

MENCIÓN HONROSA

Cristóbal Figueroa
Ouroboros

Arturo Silva
El día de su nacimiento y el dolor

Javier Ledezma
Arreglo

Poesía

GANADOR

Joakim Ballivián Vela
2666 Kilómetros de Batalla

MENCIÓN HONROSA

Leonor Duarte
Trozos de identidad

Fabián Vicencio
Las noches sin fondo

Nahuel Ramos
Mi antología

Categoría B

Cuento

GANADOR

Enrique Paredes Bassi
Liberación animal

MENCIÓN HONROSA

Benjamín San Martín
El cómodo silencio

Sebastián Alarcón
La segunda altura

Felipe Jara
Levítico (o el insecto alado)

Poesía

GANADORA

Cherié Quidel Núñez
Amutui Lafken

MENCIÓN HONROSA

Enrique Paredes Bassi
El timbre a la hora del mono

Nicolás Mayora
Coito de litre

Olivia Cervantes
Sobre mantener una acequia

Categoría B

Novela

GANADOR

Antonio Mayo
Río de Enero

MENCIÓN HONROSA

Camilo Jorquera
Ratonera

Josefa Miquel
Valverde

Violeta Alarcón
A una gran distancia

Créditos

Ministerio de las Culturas,
las Artes y el Patrimonio

Subsecretaría de las Culturas
y las Artes

Secretaría Ejecutiva del Consejo
Nacional del Libro y la Lectura

Programa Premios Literarios
Consejo Nacional del Libro
y la Lectura

Diseño y diagramación
Minigolf Deportivo
Francisca Osses Pizarro

Ilustración
Tania Albornoz Navarro
@taniateje

Edición
Victoria Ramírez Mansilla

ISBN 978-956-352-492-5



Ministerio de
las Culturas,
las Artes y el
Patrimonio

Gobierno de Chile

© Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio
Prohibida su venta y reproducción.

www.cultura.gob.cl
www.premiosliterarios.cultura.gob.cl

